

## X.

Los envenenadores.—Los protestantes.—Los novios.— Un duelo en la Bastilla.—Evasion.

De 1676 á 1768 abundaron en la Bastilla los presos acusados de envenenamiento. La marquesa de Brinvilliers habia tenido numerosos imitadores: no se hablaba mas que de muertes súbitas y de fabricantes de polvos de sucesion, pero es notable que á escepcion de dicha marquesa, cuya historia es demasiado conocida para repetirla aqui, todos los presos de la espresada categoría que fueron castigados, eran de los que se ha convenido llamar gentes de la nada. Los grandes señores, las hermosas damas de la corte, escapaban á poca costa.

Entre los grandes personajes que fueron aprehendidos en esa época, ó citados al ménos á la presencia judicial por causa de envenenamiento, figuraron los siguientes:

La princesa de Tingry, que habia envenenado á sus hijos, cuyo crimen estaba probado, y que fúe absuelta, sin embargo, de la acusación.

El duque de Luxemburgo, que habia comprado veneno á la Voisin, sin poder ó sin querer decir para qué uso, y á quien por todo castigo se mandó desterrado á sus tierras, despues de un encierro de cinco meses en la Bastilla.

El conde de Saissac, que despues de haber intentado envenenar á su hermano se habia puesto en fuga, que volvió cuando supo que los que podian declarar en su contra habian muerto, reduciéndose el castigo del tal conde á lo mismo que el del duque.

La condesa de Soissons, que habia envenenado á su marido, y á la que el rey se contentó con dejarla elegir entre la Bastilla y el destierro, prefiriendo ella lo segundo.

La duquesa de Bouillon, que habia pensado deshacerse de su marido en los propios términos que la Condesa de Soissons del suyo.

La marquesa de Alluyx, que habia envenenado á su suegro, y á quien se dejó salir tranquilamente de Francia, cuando bastaba alargar la mano para cojerla.

La condesa de Polignac, la condesa de Roure, la duquesa de Vivonne, que habian tratado de envenenar á la señorita de la Valliere para reemplazarla en el

favor del rey, sin perjuicio probablemente de disputarse el lecho real del mismo modo, y que fueron absueltos del cargo, á pesar de haberse presentado una carta de la duquesa de Vivonne que probaba su culpabilidad.

Pero si la cámara real del Arsenal, que el rey habia compuesto de hombres de su devocion para juzgar á los envenenadores, se mostró tan benigna con todas esas grandes damas, con esos altos y poderosos señores, fuè inflexible con los envenenadores de baja ralea, á quienes aglomeró en la Bastilla, á quienes hizo dar tormento, así ordinario como extraordinario, á quienes mandó ahorcar, enrodrar, quemar, por simples indicios de culpabilidad. Tal fuè la suerte dei sacerdote Davot, que no habia empleado el veneno, ni confeccionádolo, sino únicamente dicho misas para hacer mas violentos los que otros componian.

Tal tambien la del padre Guibourg, acusado de haber compuesto un veneno que hacia morir riendo, y al que llamaba *de ranas*.

Tal igualmente la de Le Sage, de la Voisin, de la muchacha La Grange, del cura de Launay, que ejercian el oficio de decir la buena ventura á los grandes señores, y que les proporcionaban los polvos de sucesion que necesitaban para restablecer su fortuna.

Es claro que no nos proponemos contar la historia de todos esos acusados, culpables ó no, no obstante que la mayor parte de ellos pasaron mas ó ménos tiempo en la Bastilla. Nos limitamos á mencionar esos hechos.

A los envenenadores siguieron los químicos. Cinco sicilianos que vivian en Paris de mendigar, ó punto ménos, fueron encerrados sucesivamente en la Bastilla, por la sospecha de que confeccionaban *polvos sospechosos*. ¿De qué se componian estos? Nadie lo sabia, ni se pensó siquiera en mandarlos analizar; pero sí se encarceló á los sicilianos. Qué necesidad habia de un detenido ecsámen, y cómo habia de estar vacia la prision? Despues de un largo cautiverio, se soltó á los acusados y se les espulsó.

Tambien por ese tiempo se metió á la Bastilla á un italiano llamado Vinache, que no fabricaba veneno, pero que pretendia hacer oro. “Tenia,” dice un escritor de la época, “un compas con constelaciones, siendo una de las piernas de oro “y cuadrada, y la otra de plata y de caras. Afirmaba que todo lo podia hacer con “ese instrumento.”

Un dia se presentó en casa de Despontis, gefe de escuadra, que estaba á punto de entrar en campaña, y le dijo que si queria llevarlo en su buque, se comprometia á echar á pique á todos los navíos enemigos que encontrara, con solo hacer algunas señales, y sin que hubiera necesidad de disparar un solo cañonazo. Despontis contestó que queria batirse y no condenarse por andar en cosas de magia.

Vinache fuè mas afortunado con Mr. de Chaulnes, con el duque de Orleans, con el de Nevers, de quienes obtuvo sumas de consideracion, prometiéndoles iniciarlos en el grande arte de la transmutacion de los metales. Efectuó en presen-

cia de esos personajes ciertos trabajos químicos; pero el oro no parecía, y como se hacia pagar sus lecciones muy caras, sus discípulos lo dejaron por la paz.

Preciso era sin embargo que Vinache tuviera algun secreto precioso, porque vivia en grande, gastaba con prodigalidad, y derrochaba por mayor, sin que se le conocieran bienes de ninguna clase.

En la propia época Samuel Bernard, aquel rico judío que obligó á Luis XIV á ir personalmente á pedirle dinero prestado, tenía por ayuda de cámara á un tal Tronchin, el cual suplicó un día á Samuel que se dignara cambiarle por luises viejos unos nuevos que tenía. Verificose el trueque, pero como poco tardó Tronchin en volver á la carga, se admiró Samuel de que su criado tuviera tanto oro, y de que prefiriera los luises vijos á los nuevos, y para ecsaminarlos, se encerró en un laboratorio en que solo él entraba. De vuelta luego en su gabinete llamó á Tronchin, y le dijo que queria saber de donde le venia la moneda nueva que le habia cambiado. El ayuda de cámara no pulsó inconveniente en contestarle que se los habia dado Vinache, quien le pagaba una buena comision por convertírselos en viejos.

Desde el siguiente dia estaban Samuel Bernard y Vinache, que se veian por primera vez, tan unidos como si llevaran veinte años de conocerse; y desde entónces mandó noche por noche el judío un rollo de luises viejos al italiano, que le enviaba á su vez otro de luises nuevos.

Llegadas esas remisiones á noticias de Mr. d'Argenson, superintendente de policía, le parecieron sospechosas, y mandó prender á Vinache, que fué conducido á la Bastilla. No se encontraron en su casa mas que crisoles minerales de todas clases, y nada que pudiera comprometerlo gravemente. Quizá habria caminado d'Argenson con mas fortuna, si hubiera buscado la esplicacion del misterio en casa de Samuel Bernard; pero como este disfrutaba entónces de pleno favor, era demasiado poderoso para que se atreviesen á obrar con tan pocos miramientos con él.

Vinache, sin embargo, habia manifestado grande inquietud al ser aprehendido, y en cuanto llegó á la Bastilla, solicitó hablar al gobernador.

—Señor,—le preguntó,—estamos solos?

—Absolutamente solos.

—Podré hablar sin temor, por importante que sea lo que tengo que deciros?

—Seguramente.

—Pues bien, señor: quiero preguntaros si cosentiriais en prestarme un servicio que os valdria veinte mil libras, sin comprometeros en nada.

El gobernador algo avergonzado contestó:

—Cuidado con lo que haceis. Una tentativa de corrupcion pudiera tener un resultado contrario al que esperáseis.

—No se trata de eso, sino lisa y llanamente de avisar á Mr. Samuel Bernard que me han encarcelado aquí, y que le suplico entregue veinte mil libras á quien le dé esta noticia.

—No podeis tener aquí á vuestra disposicion una suma tan considerable: los reglamentos lo prohiben.

—Ni lo pretendo tampoco. El dinero será para vos.

—Pero es imposible que me lo ofrezcais sin tratar de conseguir alguna cosa.

—Lo único que pido es, que se haga saber á Bernard que estoy preso.

El gobernador vaciló un instante: la cantidad no era despreciable; pero pronto le ocurrió que el aviso encerraba algun misterio, y como entónces el gobierno de la Bastilla no le dejaba ménos de sesenta mil libras, se negó, y mandó llevar á Vinache al cuarto que le destinaba. El italiano no pudo ocultar el terror que le causaba la repulsa, y al entrar al calabozo cayó en una silla casi ecsánime, con un abatimiento tal que no oyó al parecer las preguntas que le hizo el carcelero. En la noche, cuando le llevaron la cena, lo encontraron muerto: se habia degollado con su cuchillo.

Poco despues, por toda Francia circuló un rumor de entidad: las cajas públicas y particulares, las tiendas, los cofres de los rentistas y los de individuos ménos acomodados, estaban atestados de luises llamados de *fábrica*, acuñados con perfeccion y con el peso legal; pero con mucha liga, que rebajaba en seis francos el valor de cada uno. Habia tantos en circulacion, que los autores del atentado debian haber tenido un lucro de muchos millones. Tal vez una visita de Argenson, bien acompañado, á Samuel Bernard, habria servido para descubrir á los culpables; pero el rico judío estaba bien quisto en la corte, y se le necesitaba demasiado, para que se atrevieran á disgustarlo, y el negocio quedó de tal tamaño.

Lo de los venenos habia acabado completamente: lo de los químicos habia durado poco tiempo; los presos de la Bastilla eran escasos; pero esto no era mas que un alto en aquel largo sendero de iniquidades; y la persecucion religiosa no debia tardar en llenar aquellos calabozos, aquellas torres, aquellas prisiones, de numerosas víctimas.

Luis XIV, atormentado por terrores religiosos, justificados en demasía por su vida pasada, se encontraba bajo el completo dominio del padre Lachaise, confesor suyo y de Md. de Maitenon, su santurrona querida. Esta muger, toda de Dios en apariencia que afectuaba hacer tan poco aprecio de los bienes terrenales, era insaciable en realidad, y bien lo sabia su hermano d'Aubigné cuando le decia: "Cómo hablas, hermana, de dejar la corte, en que haces tan gran papel? "Presiso es que te hayan prometido casarte con Dios Padre."

Md. de Maintenon no queria casarse con Dios, sino con Luis XIV. El padre Lachaise por su parte queria la esterminacion de los protestantes, á la que escitaba con todo empeño á su real penitente; pero Luis se resistia, recordando la indeleble deshonor de que habian cubierto á Carlos IX los asesinatos del dia de S. Bartolomé. Entónces hicieron un pacto el sacerdote y la cortesana: el padre Lachaise amagó al rey con el infierno abierto para él si no santificaba con el matrimonio sus relaciones con la Maintenon, la cual repetia á su vez, viniera ó no al caso, que se proponia abandonar este mundo de paganos y réprobos, para no te-

ner el dolor de ver á los malditos hugonotes derrocar el poder real, contra el que conspiraban sin cesar.

Luis XIV, que queria conservar á su querida, sin obstruirse la entrada del Paraiso, acabó por ceder, y el edicto de Nantes, por el que Enrique IV habia autorizado á los protestantes á ejercer libremente un culto, fué revocado. Verificáronse entónces en las Cevenas aquellos horribles asesinatos conocidos con el nombre de *Dragonadas*, los cuales se estendieron al Languedoc, al Vivarais y á otras varias provincias.

La persecucion no era ménos violenta en Paris, donde se acababa con los protestantes de todo sexo y edad, arrastrándose á la cárcel á familias enteras, á cuyos miembros se separaba, sometiéndolos á todos á espantosas torturas. La Bastilla se llenó en pocos dias; y solo en lo relativo á esta prision, nos cumple hablar de aquella abominables escenas que ensagrentaron la Francia.

Los presos de la Bastilla estaban amontonados en los calabozos, en los cuartos, en los torreones, en las cachuchas: ya no se sabia donde meterlos, y llegaban mas todos los dias.

El edicto de Nantes fué revocado en el mes de Octubre de 1685, y apénas se publicó la revocacion, doscientos mil protestantes salieron á toda prisa del reino. Se confiscaron apresuradamente los bienes de los que no habian podido venderlo todo ántes de partir, y en seguida se publicó una ordenanza del rey, en la que se prohibia á los protestantes trasponer las fronteras, bajo los mas severos castigos, y se hacian estos estensivos á todo el que favoreciera la espatriacion. Entónces se hicieron las prisiones cada vez mas numerosas, en razon de que no contentándose con llenarlas con los protestantes, se les metió en ellas con sus amigos y con cuantos les manifestaban alguna compasion.

Entónces fué mas que nunca cuando la Bastilla se convirtió en teatro de hechos indescriptibles. Las hijas, separadas de sus madres: las mugeres separadas de sus maridos, eran víctimas de las pasiones brutales, espantosas, de los carceleros; hubo escenas de dolor dignas del infierno, orgias inauditas é inenarrables. Los carceleros dejaban morir de hambre á los presos que poseían algun dinero ó algun objeto precioso, para cojérselo. A la menor queja de un cautivo, se le maltrataba y tiraba al suelo; y como los calabozos estaban repletos, se le amarraba á las rejas de las ventanas, y en ese estado se le solia dejar dos dias enteros. Muchos de esos infelices se volvieron locos: otros se dejaron morir de hambre voluntariamente: otros, no queriendo fallecer sin venganza, se insurreccionaban abiertamente contra los infames carceleros que los torturaban, y los atacaban intrépidamente con la esperanza de hacerse matar ó de matarlos, á fin de ser luego condenados á muerte. Este último arbitrio no siempre era infalible, como lo comprueba la historia de un tal du Ham, domínico encerrado en la Bastilla el 5 de Febrero de 1686, á peticion de los superiores de su convento, ante quienes habia osado mostrarse sensible á las desgracias de los protestantes.

Se habia metido á du Ham en una de esas jaulas de piedra llamadas *cachu-*

*chas*, situadas encima de las torres, en las que durante el estío el calor era sofocante, y en las que en invierno entumia un frío glacial al preso, cuando no lo mataba.

Al principio se resignó du Ham, animado de la esperanza de que puesto que no habia hecho nada reprehensible, no tardarian en tratarlo con ménos rigor; pero trascurrieron cerca de dos años sin que sus padecimientos se calmaran en lo mas mínimo, y ántes bien al fin del primero se habia dejado de darle el poco vino que se le habia llevado hasta entónces, y los alimentos fueron cada dia mas detestables.

Du Ham sufría tanto mas, cuanto que era jóven todavía, y dotado de una fuerza hercúlea. Un dia que el llavero, llamado Saint-Jean, que era quien le llevaba la comida, derramó por maldad ó por sorpresa en la escalera parte de la sopa destinada al pobre domínico, este se quejó amargamente de tal percance. Saint-Jean se rió en sus barbas, y le dijo que demasiado se hacia por un hombre que ni pagaba ni tenia sobre que caerse muerto.

—Pero tampoco pagaba yo el año pasado,—replicó Du Ham,—y sin embargo, me traian vino.

—Ah! reverendo padre,—contestó el carcelero con tono burlon,—la embriaguez y la gula son pecados intolerables en un sacerdote.

—No ves, miserable, que me estoy muriendo de inanicion?

—Diantre! aquí no es como en vuestro convento, donde se hace penitencia con buenas tajadas y esquisito vino.

—Sois un infame, que á no dudarle me robais mi vino; pero yo pondré el remedio, os lo aseguro.

—Amenazas! . . . Tendria que ver que un sucio fraile de tu calaña quisiera meterme miedo. No tengo inconveniente en declararte que me bebo en efecto tu vino, porque lo gano mejor que tú. Hasta aquí lo he tomado en la escalera para cobrar fuerzas: en adelante lo tomaré en tu presencia y á tu salud.

—Lo veremos.

El carcelero salió, y muy á tiempo, en razon á que el forzado domínico no podia reprimirse mas. Desde aquel momento tomó su resolucion: arrancó una varilla de su cama, la escondió debajo del cobertor y esperó.

Al siguiente dia llegó Saint-Jean á la hora de costumbre, sin llevar mas que pan: se habia suprimido la sopa. Despues de poner la torta sobre un banquillo cojo, á que se reducía en union de la cama todo el ajuar del calabozo, sacó de la bolsa una botella y la destapó.

—A tu salud, fraile,—dijo recalando sus palabras.

Y se llevó á la boca la botella. En el acto cogió du Ham la vara que tenia escondida.

—Arrodíllate, miserable!—esclamó,—y pide perdon á Dios!

Queriendo Saint-Jean convertir en arma la botella, levantó el brazo; pero ántes de que tuviera tiempo de arrojarla sobre su adversario, recibió un varazo

que le rompió el cráneo. El golpe fué tan violento, que el carcelero cayó sin proferir un grito.

Cerciorado du Ham de que habia muerto su verdugo, lo desnudó y se puso sus vestidos: cojió las llaves, y al oscurecer salió de su jaula, bajó, abrió sucesivamente todas las puertas, entró al patio del Pozo, tomó por la calle que lo separaba del principal, al que llegó sin estorbo; pero al tocar al puente que lo separaba del primero, lo encontró levantado. Entónces se agazapó en un rincón cerca del cuerpo de guardia, esperando que se bajara el puente para dar paso à alguna ronda ó patrulla.

No aguardó mucho tiempo, por ser la vigilancia de la guarnición mas grande que nunca, à causa del considerable número de presos amontonados en la fortaleza, y de la reciente evasión de una tal Vion, aprehendido por haber procurado pasaportes à varios protestantes, el cual habia desaparecido de la Bastilla sin que se hubiera podido descubrir su paradero, à pesar de las mas minuciosas pesquisas. Un cuarto de hora llevaba apénas el religioso de estar escondido, cuando se bajó el puente para que pasara el mayor, que hacia su primera ronda nocturna.

Al punto salió el dominico de su escondite, y sonando su manojó de llaves se acercó al puente. Habia llegado ya à la mitad, cuando le ocurrió al soldado que precedia al mayor, alzar el farol que llevaba à la altura del rostro del supuesto llavero.

—Calle!—dijo parándose,—esta cara me es desconocida.

—Qué sucede?—preguntó el oficial.

—Que lo diga este muchacho, que no sé quien es.

—Alto!—gritó el mayor.

Los cuatro soldados que lo seguian se detuvieron y obstruyeron el paso. Du Ham conoció que estaba perdido.

—A lo ménos,—esclamó,—cesaré de sufrir.

Y arrojándose incontinenti sobre uno de los soldados, le quitó el mosquete, y cogiéndolo del cañon con ambas manos, lo empleó à guisa de maza contra los demas. A dos habia derribado ya al suelo, cuando los gritos de *à las armas! à las armas!* llevaron al sitio en que pasaba esta escena, à todos los soldados de los diversos cuerpos de guardia. Herido du Ham de dos alabardazos, intentaba tirarse al foso, cuando un soldado lo cojió del cinturón, del que colgaban las llaves de que se habia apoderado el fugitivo. Se le condujo al cuerpo de guardia mas cercano, donde fué conocido, y pasándose luego à la torre de que se habia escapado, se encontró à Saint-Jean muerto y ya frio.

Los deseos del desgraciado dominico no se realizaron; y aunque gravemente herido, no debia morir tan pronto como apetecia. Verdad es que ello no quedó por culpa de los miserables que lo habian atrapado, pues se contentaron con vendarle las heridas con un pedazo de su camisa, y lo llevaron en este estado al mas horrible de los calabozos, miéntras se decidia de su suerte.

El gobernador Besmeaux se creyó en el deber de dar cuenta del asunto al superintendente de policia Mr. de La Reynie, quien decidió dejarlo de tal tamaño.

—Una vez que està en el calabozo,—dijo,—que continúe en él, y tómense todas las medidas necesarias para impedir que mate à las gentes.

Esta órden, mas terrible que una sentencia de muerte, se ejecutó con estremada puntualidad: aquel mismo dia mandó el gobernador tapiar la puerta del calabozo en que yacia du Ham casi moribundo.

—Pues qué,—preguntó el infeliz con voz casi apagada, cuando estaba ya al acabarse la obra,—no tendrís la caridad de mandarme estrangular àntes de acabar de enterrarme?

Quejas, gemidos, invocaciones à la muerte, todo fué en vano: à nada se contestaba: las piedras continuaban elevándose una sobre otra, y no se dejó mas que un agujero en la pared, suficiente para meter pan y agua.

Era tan vigorosa la constitucion de du Ham, que pasó treinta y dos años en aquel hoyo, en que no entraba mas que ese alimento, y del que NADA salia. Miasmas pestilentes se eschalanaban de aquel lugar, en que se podria el desventurado sin poder morir.

Sucedió al fin que un dia, en 1720, se le llamó inútilmente para que cojiera el pan y la agua que le metian por el agujero. Al pronto no se hizo caso; pero el hedor que salia de aquella cloaca llegó à hacerse à poco tan insoportable, que se decidió abrir la pared levantada treinta y dos años àntes, para poder sepultar el cadáver putreficado de aquella víctima de las mas execrables pasiones.

Volvamos ahora atras, por obligarnos à ello por necesidad la narracion de los episodios de esta especie.

Los aprehendidos por motivo de religion eran tan numerosos, segun hemos dicho, que estaba repleta la Bastilla, al extremo de temerse el desarrollo de una epidemia. Si la enfermedad no se hubiera cebado mas que en los presos, maldito el cuidado que se habria tenido; pero los vestidos bordados, el orgullo, la vanidad, la crueldad, la vileza, la tortura, eran murallas insuficientes contra la invasion de la peste; era preciso ser precavidos.

No fueron, sin embargo, los carceleros en gefe los que se devanaron los sesos: quien se encargó de conjurar el temido azote, fué La Reynie, el superintendente de policia, para lo cual pasó à la Bastilla, se instaló en la sala de los interrogatorios, é hizo comparecer sucesivamente à su presencia à los presos mas raquícos, à los calenturientos, à los que rehusaban comer, abrumados de desesperacion. Hacia à esos mártires preguntas rápidas, casi siempre insignificantes, y en seguida mandaba que fuesen trasladados à tal ó cual sitio, donde los míseros, olvidados cuanto àntes, no tardaban en sucumbir. Algunos, empero, tuvieron la desgracia de no morir pronto, entre otros una tal Mallet y sus tres hijas, que no habian cometido mas crimen que el de querer salir de Francia, con cuyo objeto habian comprado pasaportes. La Reynie las mandó pasar à la cárcel de la ciudad de Pont-de-l'Arche, que era una de las prisiones mas espantosas y